

Stoa
Vol. 11, no. 22, 2020, pp. 171–182
ISSN 2007-1868

LA VERDAD SIN COMILLAS*

François Rastier

La idea de verdad, aunque sea hoy muy criticada, encubre una fuerza crítica necesaria frente a las urgencias políticas, económicas y ecológicas. En una tribuna publicada en *Libération* el 10 de octubre de 2019, el historiador italiano Carlo Ginzburg recordaba la sospecha de que a fines del último siglo la verdad era ya un objeto en los Estados Unidos: “Recuerdo que cierta vez, al asistir a un coloquio en Yale, hace tal vez treinta años, cuando pronuncié la frase “verdad, sin comillas”, los presentes rieron a carcajadas. Efectivamente, en la época y en los Estados Unidos era un gesto automático entrecomillar la palabra verdad. Pero la cuestión de la verdad -y de la prueba- se han vuelto hoy más que nunca insoslayables”.

1. Desarreglos

La verdad científica está hoy amenazada tanto por las políticas de la “post-verdad” como por la corrupción financiera y las presiones empresariales. En los medios científicos, la ansiedad por “la excelencia” lleva constantemente a embellecer los resultados o a solo conservar los resultados esperados, a limitarse a los temas ventajosos, etc., lo que alienta una desconfianza entre el público. De esta manera prolifera un desprecio por la ciencia y un desprestigio de la noción misma de verdad, ambos peligrosos para la democracia.

* Traducción de Enrique Ballón Aguirre.

Recibido 13 de abril de 2020
Aceptado 4 de mayo de 2020

Sin embargo, *¡queremos saber la verdad!* se ha convertido en un lema unificador que se escucha por doquiera en las manifestaciones populares contra diversos escándalos políticos y medioambientales, como recientemente luego del incendio de la fábrica Lubrizol en Rouen.

En una época de desenfreno económico y climático, las normas científicas y, más generalmente, intelectuales parecen insoportables, lo que ocasiona un relativismo cómodo que concilia el individualismo metodológico: el lema “a cada quien su verdad” presupone que la creencia es el criterio de la verdad y que todas las creencias valen por igual.

Bien sabemos que las ciencias han surgido del rechazo a someterse a las creencias. No obstante, los científicos no radicalizan la verdad y no hacen de ella una norma a priori que se impondría como una creencia, pese a que le reconocen una idea directriz: cada etapa de la investigación es ciertamente temporal, pero cada hecho establecido permanece mientras sus condiciones de fijeza sean explícitas y repetibles. El teorema de Tales puede ser reformulado y comprobado a diario, aunque actualmente sepamos que solo vale en geometría euclídeana.

2. Sobre la verdad histórica

El reconocimiento de realidades históricas compartidas es, evidentemente, una condición del establecimiento de un mundo común y de una vida social.

El escepticismo puede contribuir, por cierto, a la empresa científica, mas la denegación depende de otra dimensión. Luego del movimiento democrático y el optimismo científico de las Luces, los ideólogos reaccionarios tentaron desacreditarlos por diversas teorías de la conspiración, invirtiendo el sentido de los hechos históricos o negándolos. Diversos filósofos y teóricos, prolongando sus esfuerzos en la segunda mitad del siglo XX hasta el presente, se han dedicado a negar toda legitimidad a la investigación histórica e incluso a toda investigación científica. Por ejemplo, el discurso histórico solo sería un mito entre otros por el simple hecho de que aplica las estructuras narrativas, como lo pretendieron Roland Barthes y Hayden White.¹

¹ Ver Roland Barthes, “El discurso de la historia” [“Le discours de l’histoire”], 1967, incluido en *El murmullo de la lengua. Ensayos críticos IV* [*Le Bruissement de la langue. Essais critiques, IV*], París, Seuil, 1984, pp. 163-177; Hayden White, *La historia se escribe* [*L’histoire s’écrit*], traducción francesa de Philippe Carrard, París, Éditions de la Sorbonne, 2017.

Complementariamente, la imposibilidad de establecer una verdad histórica es evocada regularmente por los negacionistas que se sustentan en autores como Heidegger, conocido por su negación radical del exterminio nazi.

3. Algunos prejuicios

Si se colocase la fuente de la verdad más allá de su comprobación científica o simplemente racional, podría ser considerada como la emanación de una vivencia personal, de un consenso social o de un poder que pretende imponerla.

1. *Lo vivido no es un criterio de verdad.* El criterio de lo que ha sucedido es solo un síntoma aleatorio del mundo interno o externo que se trata de describir.

La verdad es a menudo anti-intuitiva y el criterio de evidencia no es suficiente para determinarla; para ello, debe ser confirmada por un método crítico. Es entonces que puede ser objetivada; como nos recuerda la célebre expresión de Galileo “Sin embargo, se mueve”, dígame lo que se diga, la rotación de la tierra no solamente es anti-intuitiva sino verdadera.

Tanto la experiencia vivida como las creencias se originan en *certidumbres* variables según las personas y los momentos. Esas certidumbres, incluso cuando pretenden ser evidentes, pueden ser refutadas por las ciencias. Ellas pertenecen, de suyo, al objeto de las ciencias sociales (por ejemplo, a las encuestas de opinión), pero no a su método ni a su epistemología.² A fin de cuentas, las filosofías de la vida que se fundan en las «concepciones del mundo» individuales o colectivas, no han aportado nada a la filosofía de las ciencias.

Los que atacan la verdad científica paradójicamente defienden con vehemencia su propia verdad, pero una verdad identitaria cuyo criterio es la certeza. No se trata ya de la verdad (obtenida de la incertidumbre luego de una demostración o de un experimento comprobatorio) que induce a la certidumbre; es más bien el convencimiento el que determina la verdad. Esta certeza resumida en la sentencia *creo, entonces es verdad*, se sostiene, en el fondo, a partir de una forma de religiosidad tan dogmática como críptica.

2. *La verdad no emerge del consenso*, puesto que nada logra mejor la conformidad que el prejuicio. Al contrario, una verdad establecida, una vez que es reconocida, puede obtener un consenso.

² Después de todo, las filosofías de la vida que se fundan en las «visiones del mundo» individuales o colectivas no han aportado nada a la filosofía de las ciencias.

Sin embargo, la llamada al consentimiento se torna ambigua, como lo prueba el dicho de los *geeks* libertarios: “Rechazamos el voto; creemos en el consenso insolente y en el código movedido”.³

El trabajo colectivo de los investigadores supone, sin duda, una gestión crítica del conocimiento mutuo, pero puede llevar a refutar la opinión mayoritaria. En pocas palabras, el consenso, para ser convalidado, debe ser establecido mediante procedimientos que se le escapan.

Así, en la historia de las ciencias abundan las certezas compartidas sobre el éter, el flogisto, la generación espontánea, etc. No eran verdades de momento, sino certidumbres falsas disipadas por las mismas ciencias.

3. *Hay cuestiones resueltas.* El negacionismo y su desarrollo conspirador se presentan como una defensa de la libertad de pensamiento contra las pretensiones de una elite científica tendenciosa o manipulada. En nombre de la libertad de investigación, la misma empresa científica es criticada y se ve, por ejemplo, teóricos autoproclamados -desde la moda youtube al pastor evangelista o hasta el imán iletrado- dudar de la redondez de la tierra acusando a la NASA de falsificación⁴, etc.

Todo hecho establecido podría ser puesto en duda, comenzando por la redondez de la tierra y terminando con la inocuidad de las vacunas. Ahora bien, el conocimiento científico progresa refutando falsos problemas y se sustenta en dificultades resueltas para abrir nuevas interrogantes.

El espíritu crítico se ejerce tanto respecto a los prejuicios como a las evidencias personales. Al variar los puntos de vista, el espíritu crítico se aparta así de las creencias sociales e individuales para alcanzar las verdades independientes de todo punto de vista.

El negacionismo y las maquinaciones pretenden ciertamente defender el espíritu crítico. Empero, si de entrada rechazan las verdades establecidas y demostradas, rebajándolas al rango de clichés difundidos, esta denegación escapa a toda crítica al redoblarse con una afirmación rotunda perteneciente a la superstición e incluso a la fe. El escepticismo metodológico que concretiza

³ David D. Clark, investigador del MIT y uno de los creadores de internet a cuenta de la DARPA, luego de una conferencia-culto titulada «A Cloudy Crystal Ball – Visions of the Future» (1992) ante la *Internet Engineering Task Force* (IETF), lanzó esta consigna fetiche: «We reject: kings, presidents, and voting. We believe in: rough consensus and running code».

⁴ “La Tierra plana, es simple. La Tierra redonda, no”, sostuvo Prisca Côco en la primera conferencia de los planistas brasileiros de Sao Paulo, el 10 de noviembre de 2019. Olavo de Carvalho, astrólogo planista, es considerado como la principal referencia intelectual del presidente Jair Bolsonaro quien recomienda públicamente sus libros.

el espíritu crítico aplicado a las ciencias, abandona entonces su lugar en aras a una convicción casi religiosa y que, por lo común, encuentra albergue en los diversos integrismos.

4. *La verdad no procede de un Poder*, pese a Michel Foucault y a varios de sus seguidores. Por ejemplo, en una entrevista de 1977 Foucault afirmaba: “la ‘verdad’ está relacionada circularmente con los sistemas de poder que la producen y la sostienen, así como con los efectos de poder que ella induce y que la acompañan”.⁵ Al contrario, la verdad se opone incluso al Poder. En este punto y como lo recordaba Gramsci, la verdad es revolucionaria. Si la verdad solo fuese la emanación de un Poder, ella se confundiría con la “mentira colosal” según Goebbels o con los “hechos alternativos” según la portavoz de Trump, Kellyanne Conway.

Surgida de Nietzsche y de Heidegger, esas dos fuentes tardíamente reivindicadas, la cínica tesis de Foucault de que el Poder define la verdad, justifica en última instancia la insurgencia contra la ciencia, instrumento del «Poder», así como el desorden destructivo que lleva a un relativismo absoluto.

El relativismo es, por supuesto, la expresión de un Poder o, al menos, de una Voluntad de potencia que conduce a poner cada punto de vista, aunque sea erróneo, en igualdad de condiciones con todos los otros, incluso si son verdaderos.

4. Sobre el método

En resumen, establecer una verdad no es imponer algo, sino permitir a algo imponerse gracias a una objetivación controlada.

1. La verdad se define por corrosión de los prejuicios y eliminación de las hipótesis infundadas. Los conocimientos científicos no se obtienen únicamente emancipándose de la ignorancia sino combatiendo los prejuicios y las mentiras.

La actividad investigadora termina por eliminar las hipótesis, aun cuando se alejen del prejuicio: tal es el principio de «falsificabilidad» según Karl Popper. La recusación metódica se halla en el fundamento de la actividad crítica del pensamiento, y así ella concuerda con el aspecto dialógico de la filosofía y la deliberación democrática.

⁵ “Entrevista con Michel Foucault” («Entretien avec Michel Foucault»), en *Dichos y escritos (Dits et écrits)*, París, Gallimard, 1994-2001, p. 160.

2. Para caracterizar la verdad científica, hay que precisar el método de establecimiento de los hechos. Toda ciencia, cualquiera sea su campo de investigación o de aplicación, observa por cierto principios de racionalidad que no se reducen de ningún modo a la deducción. Sin embargo, esos principios gobiernan diferentes formas características tales como la demostración en las ciencias lógico- formales, la prueba en las ciencias de la naturaleza o la conjetura metodológicamente puesta a prueba en las ciencias de la cultura. Esos tres regímenes pueden evidentemente ser combinados mediante relaciones interdisciplinarias de apoyo como, por ejemplo, el uso de modelos estadísticos en lingüística.

Los procedimientos para instaurar una verdad científica pueden articular diferentes estados de objetivación: alistamiento de los observables, selección y establecimiento de los hechos, explicación (por relaciones de correlación o de causalidad entre esos hechos), predicción por extrapolación de hechos todavía no observados. Se puede acceder al estado predictivo desde un estado explicativo: la tabla de Mendeleiev previó los elementos transuránicos que no eran técnicamente observables en su tiempo.

3. Un hecho científico depende no únicamente de sus condiciones de convalidación sino también de sus condiciones de validez, sin las cuales pierde su sentido. Entre ellas se encuentran las condiciones de escala: los fenómenos microfísicos casi no tienen pertinencia en macrofísica o, en todo caso, pueden ser descartados. Sabemos desde Anaximandro que la tierra es redonda, pero el hecho tardíamente establecido que sea algo periforme solo precisa ese descubrimiento inicial.

Las verdades científicas son incrementables. Por ejemplo, las geometrías no euclidianas no invalidan el teorema de Tales puesto que lo incluyen, si se puede decir, como un caso-límite. De modo semejante, la física newtoniana ha sido superada, pero se mantiene válida en el seno de teorías más potentes.

En pocas palabras, todos los hechos, todas las relaciones causales o no entre los hechos, son asociados a las condiciones contextuales que no los relativizan sino, al contrario, esclarecen su dominio de validez.

4. La verdad no es la representación de una naturaleza de las cosas que las ciencias se empeñarán en caracterizar. En otras palabras, las ciencias no parten de una preconcepción de lo que existe. Ellas se fundan en el principio de que nada es dado y que los datos resultan de una elaboración; en suma,

los datos son lo que ellas se dan. Las ciencias no parten de la verdad, pero intentan llegar a ella. Este proceso no tiene fin, ya que cada hecho establecido permite formular nuevas interrogantes, esto es, ampliar el círculo de nuestra ignorancia. La verdad es la idea directriz que excluye el principio del buen placer y gobierna un proceso continuo e indefinido de objetivación.

El círculo de los conocimientos científicos se extiende correlativamente, aunque como lo constataba Cassirer hace un siglo: "...el rígido concepto de ser parece fluir y caer en un movimiento general..."⁶ Una forma de constructivismo no relativista es entonces concebible y, tal vez, necesaria: "los conceptos fundamentales de cada ciencia (...) no aparecen, en modo alguno, como reflejos pasivos de un ser dado por demás, sino como símbolos intelectuales creados de manera autónoma" (*Ibid.*). Así, en 1894 Heinrich Hertz escribía que los conceptos "para cumplir con su tarea, no necesitan de ninguna otra especie de conformidad con las cosas".⁷

Por lo tanto, la hipótesis según la cual las verdades científicas corresponden a una realidad preexistente, no es indispensable. La mayoría de los matemáticos son realistas; otros, no; esto no cambia en nada el estatuto de las matemáticas. Se puede pensar, sin embargo, que el conjunto de hechos científicamente establecidos diseña poco a poco una realidad objetiva, sin que ello implique mantener la idea de que esta realidad tenga los caracteres de una ontología dada a priori.

5. Posiciones críticas

La verdad no es la conformidad con una realidad planteada a priori, sino un valor que orienta la indagación. De tal manera que los hechos establecidos por la ciencia, incluidos los hechos históricos, no constituyen, en conjunto, una Verdad (con una V mayúscula) estable y definitiva, sino un círculo creciente de verdades que se federan de manera imprevisible con la evolución de las investigaciones.

La verdad científica ejerce, o debería ejercer, un rol regulador, permitiendo al principio de realidad aclarar la acción en un mundo peligroso y en riesgo.

⁶ *La filosofía de las formas simbólicas* [*La philosophie des formes symboliques*], t. I, París: Minuit, 1972, p. 15; versión española, Ernst Cassirer. *Filosofía de las Formas Simbólicas, I. El Lenguaje*. México, Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 14. Traductor: Armando Morones, de la edición de 1964 de la *Wissenschaftliche Buchgesellschaft*, Darmstadt.

⁷ *Principios de mecánica* [*Die Prinzipien der Mechanik*], Leipzig, p. 1.

La investigación científica se halla, no obstante, limitada por las políticas empresariales y sus principios chocan con las ideologías identitarias.

1. Merced a los hechos que establece, la investigación científica se opone a la ideología empresarial entendida como instrumento de poder. Además, el empresariado esteriliza la investigación, no solo porque transforma los laboratorios en simples oficinas de estudios sino porque la temporalidad y los procedimientos empresariales que disimulan las relaciones de poder arbitrario se oponen, en principio, a los procedimientos científicos que imponen su propia agenda, gracias a indagaciones previas, planificaciones renovadas y circunvoluciones críticas.

Escondiéndose detrás del secreto de los negocios, buen número de empresas dirigen las investigaciones, pero se cuidan bien de difundir sus resultados. Hace más de cuarenta años, en 1979, un memorándum interno de Exxon revelado en 2015 por *Los Angeles Times*, afirmaba, por ejemplo: “la tendencia actual de la combustión de recursos fósiles causará efectos medioambientales dramáticos antes de 2050”. Mientras que los estudios encargados son irrefutables en el plano científico y las previsiones han sido verificadas, la comunicación de la firma (como la de sus aliados y concurrentes) asumirá esos resultados para financiar una multitud de artículos que niegan el cambio climático. Tenemos, en consecuencia, una privatización de la verdad y una internacionalización de la mentira y la denegación cuya eficacia se mide actualmente.

En la primera conferencia internacional sobre el clima realizada en Ginebra el mismo año 1979, los autores del informe de síntesis, llamado *Informe Charney*, concluían: “Esperar para ver antes de obrar significa esperar a que sea demasiado tarde”.⁸

2. La verdad no tiene dueño; por poco que sea reconocida, por más discutida que sea, potencialmente pertenece a todos. Una verdad científica forma parte de los bienes comunes de la humanidad. Toda verdad tiene una pretensión universal y puede, en principio, ser comprendida por cada quien, independientemente de todo prejuicio de pertenencia a un grupo nacional, étnico, racial, sexual u otro.

⁸ Citado por Stéphane Foucart, “Decenios de prédica en el desierto” (“Des décennies de prêche dans le desert”), diario *Le Monde*, 1-2. 12. 2019.

Ello mismo puede extenderse, esperamos, a la verdad de ciertos hechos morales como los derechos del hombre.

6. Posiciones políticas

Si los lazos entre racionalidad y verdad científica son bien reconocidos, se descuida a menudo la concomitancia histórica entre el desarrollo de las ciencias y el de la democracia. Así, en medio del siglo VI antes de nuestra era, los primeros físicos y matemáticos, como Tales y Anaximandro, concluyeron que el universo obedecía a sus propias leyes sin recurrir a las intervenciones divinas precedentemente usuales. En la misma época, Solón dictaba los fundamentos de la democracia al abolir las leyes draconianas, suprimiendo la esclavitud por deudas, instituyendo una justicia popular y aboliendo los criterios de nacimiento en provecho de las elecciones (véase especialmente Aristóteles, *Política*, 1274). La autonomía prima en los dos casos: la autonomía de la naturaleza respecto a los dioses y la del pueblo en relación a los aristócratas cuya imagen simbólica eran, sin duda, los dioses; esta última analogía se repite dondequiera, desde las monarquías de derecho divino hasta las teologías políticas contemporáneas.

Asistimos hoy, sin embargo, a la triple deslegitimación de la racionalidad, la democracia y la verdad. Por ejemplo, la teoría del Poder de Foucault no deja espacio alguno a la diversidad de poderes propia de la democracia; tampoco a su necesaria separación ni a su equilibrio. Cuando, conforme al proyecto totalitario, el ejecutivo absorbe lo judicial y lo legislativo, entonces se funda en lo religioso. Se sabe que Foucault llegó hasta defender la instauración de la teocracia iraní, en que las decisiones del jefe religioso tienen fuerza de ley y de verdad revelada.

Algunas corrientes de la filosofía contemporánea se suman a las tiranías religiosas, en detrimento de las democracias. Dos filósofos desconstruccionistas, Creston Davis y Santiago Zabala, escribían hace poco sobre *Al-Jazira*: “Desde un punto de vista político, la gente cree todavía en ideas *nostálgicas* y *peligrosas* como ‘objetividad’, ‘realidad’, ‘verdad’ y ‘valores’ como una *precondición de la democracia*” (El énfasis es mío. Ellos ven ahí, incluso, ideas “fanáticas”).⁹

⁹ “La lógica de la democracia” («The logic of democracy»), *Al-Jazira*, 13 de mayo de 2013, en línea: <https://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2013/05/20135138427260651.html>. El estado feudal -riquísimo- del emirato de Qatar cuyo órgano es *Al-Jazira*, excluye por supuesto la democracia y, naturalmente, disfruta de su “deconstrucción”: la verdad sería un asunto de fanáticos (los científicos y

De esta manera, más allá de la verdad científica, es el concepto mismo de realidad el que está en debate. Por ejemplo, Karl Rove, responsable de comunicación de G. W. Bush y promotor de la victoria de su sucesor, sostuvo lo siguiente en una entrevista que le hizo el periodista Ron Suskind: “Me dijo que las personas como yo formábamos parte de esos tipos pertenecientes a lo que nosotros llamamos la comunidad basada en la realidad [*the reality-based community*]”. Añade: “No es más de esta manera que el mundo marcha realmente. Somos ahora un imperio, prosiguió, y cuando actuamos creamos nuestra propia realidad”.¹⁰

En consecuencia, los ataques contra la verdad llevan al abandono de todo principio de realidad, usando todos los sofismas y todos los medios de propaganda para edificar e imponer un mundo de sustitución perfectamente ilusorio. Es extraño y hasta inquietante que aún sea necesario subrayar los peligros económicos, sociales, políticos y medioambientales de esta ofuscación concertada.

De hecho, ellos se muestran a más y mejor desde la pandemia actual que acompaña y refuerza una *infodemia*, término empleado por el director de la OMS para designar el flujo creciente de la desinformación.

La infodemia es peligrosa pues lleva a subestimar el peligro epidémico, asimilado al de una simple gripe, y a poner en duda las medidas de precaución presentadas, entonces, como atentados contra las libertades frente a los cuales deberíamos alzarnos. Ella invita, finalmente, a tomar medicamentos peligrosos o absorber productos dudosos que llevan a lamentar muertos suplementarios.

En el dominio de la desinformación, se distinguen y a menudo se encuentran dos grupos: los dirigentes populistas clasificados en la extrema derecha, como Donald Trump o Jair Bolsonaro, y los filósofos post-modernos clasificados en la extrema izquierda, como Alain Badiou o Giorgio Agamben.

Así, hemos visto a Trump hablar de gripe, recomendar medicamentos cuya eficacia es menos segura que sus efectos secundarios, incluso de tratamientos mediante inyección de desinfectantes; por último, llamar a «liberar» los estados demócratas del confinamiento. Bolsonaro obra de manera comparable.

los racionalistas). Al contrario, ningún fanatismo en el predicador-vedette de *Al-Jazira*, Al Qaradawi, ese ideólogo jefe de los Hermanos musulmanes que en ese entonces defendía la ablación de las niñas.

¹⁰ Artículo del *New York Times* publicado algunos días antes de la elección de 2004; traducción de Christian Salmon, diario *Le Monde* del 5 setiembre de 2008

Paralelamente, Badiou, pensador del Acontecimiento, proclama en la prensa “que no hay nada nuevo bajo el sol”¹¹ y que esta epidemia es análoga a las precedentes, cuando cuatro mil millones y medio de personas son confinadas. Agamben habla primero de gripe, luego de un «complot objetivo» que tendría como fin imponer un estado de excepción, confundido a propósito con urgencia sanitaria¹²

No obstante, esas curiosas convergencias no pueden disimular un nuevo hecho: en el espíritu del público como en los grandes medios de comunicación, los científicos ganan de mano a los hombres políticos y, sin duda, a los filósofos elocuentes. Los virólogos y los epidemiólogos participan en las conferencias de prensa en comunidad con los ministros y los jefes de Estado. Y, cosa inusitada en ese contexto, tienen la osadía de decir: “No se sabe”, a la vez que explican que la investigación excede las intuiciones y exige convalidaciones.

La esperanza de curación no explica todo, ya que también puede satisfacerse con oraciones y prácticas supersticiosas. Aquí se asiste, mejor, al retorno del principio de realidad que se impone poco a poco, a expensas de la demagogia y del *storytelling*. Esperemos que ese principio fundamental permita superar las crisis por venir.

París, 2 de mayo de 2020.

N. B. — Estas reflexiones resultan del debate titulado “¿Por qué tenemos necesidad de verdades ciudadanas y qué prácticas científicas pueden contribuir a ello?” (*Pourquoi avons-nous besoin de vérités citoyennes et quelles pratiques scientifiques peuvent y contribuer?*) en el marco de la Noche de los Debates organizados por la ciudad de París el jueves 17 de octubre de 2019, a

¹¹ *Sur la situation épidémique*, Paris, Gallimard, col. Tracts de crise, 27 de marzo 2020, p. 7.

¹² De ser necesario, en referencia a todo esto se podrá consultar “Le conspirationnisme légitime: Giorgio Agamben et la pandémie”, *Conspiracy Watch*, en línea, 28 de marzo de 2020 <https://www.conspiracywatch.info/le-conspirationnisme-legitime-giorgio-agamben-et-la-pandemie.html>. Para Agamben, la única verdad es la existencia de la mentira: “La humanidad entra en una fase de su historia en que la verdad se reduce a un momento en el movimiento de lo falso. La verdad es el discurso falso que debe ser tenido por verdad incluso cuando su no-verdad se encuentra demostrada. Pero así el lenguaje mismo como lugar de la manifestación de la verdad se encuentra confiscado a los humanos. Entonces, solo pueden observar en silencio el movimiento -verdadero porque es real- de la mentira”. «Sul vero e sul falso», *Quodlibet*, 28 de abril de 2020, en línea: <https://www.quodlibet.it/giorgio-agamben-sul-vero-e-sul-falso>.

propósito de la obra *Verdades ciudadanas. Las ciencias contra la post-verdad* (*Vérités citoyennes. Les sciences contre la post-vérité*), dirigida por Maryvonne Holzem, París: Éditions du Croquant, 2019. Agradezco las observaciones de Maryvonne Holzem, Catherine Bourgain, Michel Goldberg, Créola Thénault y Nick Riemer.

Revisado y aumentado aquí, ese texto apareció inicialmente el 23 de marzo en la revista electrónica *Non-fiction*, con el título *Se réconcilier avec la vérité : enjeux scientifiques et politiques* en línea : <https://www.nonfiction.fr/article-10242-se-reconcilier-avec-la-verite-enjeux-scientifiques-et-politiques.htm>.